

volví el rostro al cuarto de Felicia y ví á las dos amigas paradas en la puerta, que me seguían con la vista. El cuerpo de Remedios en el cuadro de luz de la puerta, presentaba sus elegantes contornos, como rodeados de suave aureola.

Recorrí la distancia hasta la calle de Monzón sin sentirla. Llamé á la puerta, entré sin ver quien había abierto, y subí la escalera.

Al llegar al corredor, la mano fuerte y nerviosa de Jacinta me asió por un brazo, apretándome con los dedos. Un extraordinario movimiento de repulsión y enojo me invadió súbitamente; sin decir una palabra, sacudí violentamente el brazo, y seguí hasta mi cuarto sin detenerme.

Al entrar en él, oí á mis espaldas un gruñido sordo, como rugido ahogado de fiera moribunda.....

XXI.

Barbadillo manda.

DESDE el día en que tuvo lugar la terrible escena entre Jacinta y yo, terminada con la presencia del viejo capitán, Barbadillo no había vuelto á verme de cerca; pues no asistía yo al comedor, ni muchos días á la casa, sino después de la cena.

Sabía yo por Jacinta que al principio, dominado por la primera impresión, tuvo el propósito de plantarme los muebles en la calle; designio que le quitó su hija de la cabeza con un par de lágrimas y media docena de pucheros. Después solía ella decirme:

—Va cediendo, va cediendo; procura no hablar con él. Yo te diré cuando sea tiempo.

Pero viéndole desde lejos, pude notar la honda tristeza que del viejo se había apoderado, recrudesciendo su mal humor; tristeza que se demostraba con toda claridad, con la resistencia invencible que, según Joaquín, presentaba para entrar en discusión, aun tratándose de sus temas favoritos. La lucha interna le agitaba; le abatía el descontento de encontrar en Jacinta una mujer capaz de casarse; como si tal descubrimiento fuera la convicción de una infidelidad inesperada, repugnante y horrible.

Según decía Jacinta, Barbadillo iba cediendo; pero en verdad su semblante se ponía cada vez más hosco, y andaba el viejo más cabizbajo y triste. Sin duda cuando su voluntad se rendía, su corazón se lastimaba más dolorosamente; y cuando se juzgaba impotente para refrenar las pasiones ó caprichos de aquella hija, su único amor, su consuelo único en el mundo, era mayor el desengaño, y veía más tristes los días que aun debiera permanecer sobre la tierra.

Joaquín había visto varias veces, estando en la sala, salir á Jacinta del cuarto de Don

Ambrosio, con los ojos enrojecidos, dando muestras de haber llorado; pero tenía el estudiante las tales lágrimas por exprimidas á fuerza, puesto que, no bien se veía Jacinta lejos de su padre, se ponía á charlar alegremente, como si trajera más motivo para reír que para entristecerse. En cambio el viejo aparecía después, dominado por disgusto y pena bien profundos; y sumido en constante y dolorosa meditación, huía de la plática, y no aceptaba discusión ninguna, así le dijeran que Alamán no había sabido leer ni escribir.

La noche siguiente á la de mi encuentro con Remedios, regresé temprano á la casa de huéspedes con propósito de poner en limpio los versos que había escrito, reformado y pulido, para ofrecerlos á la hermosa pederña. En ellos había puesto cuanta ternura podía expresar mi pluma, ya que no toda la que encerraba mi corazón; y si no llegaban á buenos, pienso que por apasionados y amorosos, lograban ocultar mucho de su necesaria incorrección.

Sentado frente á mi mesa, apercibido el

fino papel, pluma nueva en el cabo, leía yo y releía á media voz los versos, antes de trasladarlos, cuando Barbadillo, llegándose á la puerta, me dijo con voz seca y breve:

—Quiñones, hágame vd. el favor de venir por acá.

Sin aguardar respuesta, volvió las espaldas y regresó á la sala con sus pasos pesados y lentos; mientras yo, aturdido por la sorpresa, y lleno de embarazo, me revolvía en la silla sin saber á qué determinarme.

Vacilé un instante, temeroso de asistir á violenta escena si obedecía al llamamiento; de ser tenido por cobarde y provocar nuevas iras si salía en seguida de la casa; y pareciéndome menos malo lo primero, me encaminé á la sala, con resolución de hablar claro, dar fin al enredo y abandonar inmediatamente después la fatal casa de huéspedes.

Algo grave había ocurrido entre padre é hija antes de que Barbadillo fuese á mi cuarto, á juzgar por el cuadro que se presentó á mis ojos. El viejo estaba sombrío, la mirada hosca, la piel encendida como

nunca, y en sus párpados flojos huellas de recientes lágrimas. El tomo de Alaman, tirado en medio de la sala, abierto y estrujado, mostraba haber sido arrojado al suelo con fuerza.

En el raído sofá, Jacinta con el rostro entre las manos, sollozaba dolorosamente, en términos de poner compasión en el corazón más empedernido, acudiendo de vez en cuando con el pañuelo á los ojos, para enjugar el llanto. Cuando entré, separó los dedos, y por entre ellos me miró; pero la expresión de su mirada no era de pena ni de angustia, sino viva, penetrante y enérgica.

El viejo, que en medio de su dolor no dejaba de ser el mismo de siempre, tomó cierta actitud dramática, y con voz trabajosa, como haciendo un difícil esfuerzo me dijo:

—Quiñones, es necesario que esto concluya de un modo ó de otro, porque no puedo prolongar esta situación por más tiempo.

Hizo breve pausa, que Jacinta llenó con un gemido, y luego continuó:

—Esta pobre muchacha que nunca se ha-

bía extraviado, no obstante que la han pretendido personas de méritos muy notables, ha sido víctima de las seducciones de vd.

—Yo no he.....

—De vd., sí señor; de vd., repitió con airado entono Barbabillo sin dejarme hablar. He tratado de disuadirla, porque ni vd. ni nadie me gusta para marido de mi hija; pero puesto que ella se encapricha y vd. no desiste, consiento en ese matrimonio, con tal que sea pronto, muy pronto.

—Pero vea vd.....dije yo aturdido.

—Nada; muy pronto. Antes de que el mes concluya, vdes. se casan y me dejan en paz.

Barbadillo continuó en larga y enérgica peroración, compadeciendo á su hija y lanzándome duros reproches, que más de una vez acompañó de palabras que me ofendían grosera y aun injustamente. La ira, de vez en cuando, me dominaba, y rebosaba en mis labios la respuesta oportuna, en forma ruda como los cargos que la provocaban; pero el viejo no me dejaba abrir la boca, hablándosele él todo á hilo, sin la más breve pau-

sa, en tanto que la parte de culpa que en realidad me alcanzaba, venía á imponerme silencio imperiosamente, y á moderar mi cólera.

El viejo ignoraba la verdad que mi conciencia sabía. Si no la hubiera ignorado, cuanto decía y mucho más habría sido poco para mi castigo. Barbadillo seguía hablando, y repetía que habíamos de casarnos pronto; consentía, pero al consentir desahogaba su enojo contra mí de una vez, quizá para callar de una manera absoluta para siempre; y al cabo de un buen rato de oírle, dominado por mi conciencia, recobré la calma trabajosamente, y dejé pasar sus palabras sin ofenderme, para tomar con prudencia el mejor camino.

Jacinta entre uno y otro sollozo, y siempre mirándome por entre los dedos á hurtadillas de su padre, dijo que obedeceríamos, que no teníamos más voluntad que la de Barbadillo. Y la cólera de éste calmóse como por encanto, cuando yo esperaba que se violentaría, á la sólo manifestación de la obediencia. Y era que Jacinta conocía al

viejo y tenía ensayados los medios de apaciguarle y vencerle.

El capitán después de mirar á su hija, se encaró de nuevo conmigo, clavándome sus ojos inyectados de sangre, con mirada interrogativa y airada. Un instante de perplejidad bastaría para encenderle de nuevo, prolongando aquella escena indefinidamente, quizá con carácter más desagradable. No vacilé en adoptar el camino de la mentira, para tomar en seguida el de la calle, y dije con voz sorda y pastosa:

—Obedeceremos.

—Muy bien, dijo Barbadillo; yo me encargo de arreglarlo todo para la semana entrante

Tomó en seguida su sombrero, y sin añadir palabra, ganó el corredor con toda la prisa que le permitían los años.

Jacinta estaba ya de pie junto á mí, los ojos enjutos, y antes bien radiantes y gozosos; la cara sonriente, con expresión de alegría, sin uno solo de los rasgos que solían hermosearla cuando se irritaba. La vi fea,

repugnante y tosca, y rechazándola brusca-
mente, al tenderme ella los brazos,

—¡Quitál le grité lleno de cólera.

Y salí violentamente de la sala.

